

UN HOMBRE CUALQUIERA

Juan era un hombre cualquiera, que vivía en una ciudad cualquiera, en un piso cualquiera. Vestía normal, tenía un trabajo normal. Pero lo que le empezó a pasar aquella noche mientras volvía a casa, eso, no era normal.

Su vida había transcurrido de forma monótona a pesar de haber entrado ya en la cuarentena. Estaba casado con Mari Carmen y tenía dos hijas.

Lo más emocionante que le había ocurrido fue salir un día de casa con un zapato de cada color y darse cuenta al llegar a la oficina. Desde entonces, contaba aquella anécdota hasta la saciedad como si fuera algo extraordinario.

Era un animal de costumbres: salida con los amigos el jueves noche, el sábado compra semanal y el domingo comida en casa de los suegros.

Pero aquel jueves en lugar de ir al bar de siempre, fueron a un espectáculo de hipnosis, eso sí, habían bebido bastante antes. El hipnotista sacó varios voluntarios al escenario, —entre ellos a él— y les hizo creer que, con una aguja especial, eran magníficos sastres que hacían y deshacían la ropa por arte de birlibirloque. Todos los presentes con un fervor colectivo aplaudían entusiasmados, hasta que con un chasquido los despertó.

Salieron del espectáculo y se dirigió al coche tambaleándose. Entonces un policía se acercó a él y le pidió la documentación.

—Me parece que va usted demasiado bebido para coger el coche, —señor.

Sin querer y al ir a sacarla se encontró medio abrazándolo y la correa de su reloj se enganchó en el pelo del policía. Tiró del mismo y como una hebra interminable, en un pispás perdió de vista la frente, las orejas, así hasta llegar al pecho del sujeto en cuestión. Pensando que se trataba de una broma, continuó tirando sin apenas esfuerzo, hasta que quedó reducido a un pequeño montón. Después se subió a su vehículo como si nada hubiera pasado y logró llegar a casa no sin ciertas dificultades. Vomitó en el baño y mientras se miraba de reojo en el espejo, —se dijo:

—Es la última vez que bebo tanto —murmuró y se metió en la cama. Al día siguiente a causa de la borrachera solo recordaba breves pinceladas de la velada anterior que le pareció pura fantasía.

El casero le caía fatal, siempre estaba protestando por aquí y por allá, que si el día tres aún no había pagado y bla bla bla... Así que aquella tarde cuando llamó a la puerta, le abrió y al darle la mano, notó un pequeño nudo y sin querer comenzó a tirar y a tirar. Como era bajito, tardó poco. En poco menos de cinco minutos, no quedó nada de él. Fue a buscar una bolsa de basura a la cocina y no con cierto asco metió los restos dentro ayudándose de un pequeño recogedor de mano.

Al principio se ponía nervioso, pero luego le fue cogiendo el gustillo. A veces empezaba por la cabeza, otras veces por los pies o por la nariz. Nunca se hubiera imaginado que el cuerpo humano tuviera tantas hebras disponibles. Lo hacía deprisa o despacio según se le antojaba.

Ante un nuevo ascenso, su compañero de trabajo más joven y cualificado que él, era el candidato perfecto. Así que una tarde en la que ya no quedaba nadie en la oficina salvo ellos dos, se acercó a Antonio con la excusa de preguntarle por un gráfico y enseguida vio el extremo a la altura de la coronilla. Comenzó a tirar de él, ya tenía cierta práctica y no tardó mucho en terminar. Cogió todo aquel revoltijo y lo metió en el triturador industrial de papeles, una, dos, hasta tres veces para borrar cualquier indicio de que allí hubiera ocurrido algo.

Y así fueron cerrando una relojería, la papelería, hasta una tienda de “compro oro”. En el mercado echaron la persiana varias fruterías, dos carnicerías y la pescadería más grande. El barrio se estaba quedando vacío desde hacía unos meses y aunque les parecía extraño, nadie había visto nada sospechoso.

Lo curioso es que nunca había sentido remordimientos de conciencia hasta entonces, hasta aquella tarde.

Aquella tarde, las niñas estaban peleándose, como de costumbre. Había entrado ya dos veces a decirles que pararan y después sin querer las había agarrado de sus frondosas melenas y se habían ido gastando como dos madejas de lana hasta quedarse reducidas a dos montoncillos ridículos. Serio,

habría salido de la habitación y se habría sentado frente al televisor con una cerveza esperando el inicio del partido.

Su mujer acomodada en el otro sofá no paraba de hablar, con rabia le dijo que se callara y esta hizo caso omiso, por lo que se agachó y comenzó a deshacerla desde los pies que fue lo que le pilló más a mano. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, intentó recomponerla, pero no fue posible. Por primera vez en un momento de cordura se dio cuenta de la gravedad de lo ocurrido y de la tragedia que se ceñía sobre él.

Su vida ya no tenía sentido sin ellas, así que buscando algún extremo como hacía en los demás, tiró de su mano izquierda y empezó a ver cómo se deshilachaba y se enganchó al ventilador en marcha para que este continuara con la labor.

Una semana después tras comprobar que no había acudido a la oficina, ni las niñas al colegio ni su mujer al supermercado donde trabajaba, la policía irrumpió en su casa. Hallaron dos imperceptibles montículos en la habitación de sus hijas, otro casi consumido al borde del sofá y uno frente al ventilador que aún continuaba encendido. Solo pudieron alegar que había restos biológicos que se correspondían con los miembros de la familia y aquel hombre común que de común no tenía nada, pasó por esta vida sin apenas dejar huella.